

n. 2
 SILUETAS, por Mecachis.
 NUESTROS TRAPEROS



Sin temor al mareo, ni a los naufragios,
 viene y va á las Américas (que hay en el Rastro).

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).
 Cavia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 París (D. Luis).
 Paso (D. Manuel).

Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyzoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



ADVERTENCIA

Por una indisposición repentina de don Mariano de Cavia, tendrán Vds. el disgusto de no *recrear sus respectivos espíritus* con los rasgos de ingenio del chispeante escritor. Nos hemos quedado sin *crónica*.

Y si al sufrir este desengaño cruento, se indignan, responda el cielo, no

EL CASCABEL.

UNA CASA TRANQUILA

I

Después de muchos paseos por las calles en busca de un cuartito barato que tuviese ventilación y buenas vistas, encontré en la calle de las Veneras un piso segundo, bastante capaz para contener á toda mi familia, el gato inclusive.

—¿Cuánto renta?—pregunté al portero.

—Quince duros; cuarenta reales de portería, treinta de alumbrado y dos pesetas de sereno.

—¡Demonio! ¿También hay que mantener al sereno?

—Sí, señor, porque es primo del amo y ha prometido protegerle, por cuenta de los inquilinos.

—Y el amo ¿dónde vive?

—En esta misma casa; piso principal... ¿Va V. á verle? Pues grítele V., que es un poco sordo. Aunque vea V. que erupta, hágase V. el desentendido, porque sinó le da mucha rabia... ¡Ah! Límpiase V. los pies en el felpudo del pasillo antes de entrar... Se llama don Abundio Fernández...

II

—¿Está D. Abundio?

—¿Qué desea V.?

Esto lo pregunta la criada por el ventanillo.

—Vengo á hablarle del cuarto...

—¡Ah!

La criada abre la puerta y desaparece en seguida, dejándome en el recibimiento, entregado á mi triste condición de inquilino pobre, pero honrado.

—Señor—oigo que dice la criada con voz recia.—Ahí está uno que viene sobre el cuarto.

—¿Qué trazas tiene?

—Es bastante feo, pero trae una capa muy decente.

—¿Le has dicho que se limpiara las botas en el felpudo?

—No, señor.

—Pues que se las limpie y que pase.

III

Don Abundio me recibe sentado en un sillón, con los pies metidos en unas zapatillas de alfombra, que parecen dos sacos de noche, y la cabeza tapada con un gorro de terciopelo verde, injuriado por el tiempo.

Lo primero que hace es ponerse los anteojos para examinarme á su sabor; después dice:

—¿Con que viene V. á hablarme del cuarto?

—Sí, señor.

—¿Eh? (poniéndose la mano en la oreja á guisa de tornavoz.)

—¡Que sí, señor!

—Corriente. Ya le habrá dicho á V. el portero que renta quince duros y...

—Lo sé todo.

—¿Eh?

(*Yo, alzando la voz.*)—¡Que lo sé todo!

—¡Bien! Mes adelantado, mes en fianza y...

—Convenido.

—Y nada de obras ni de reparaciones por insignificantes que sean; V. se entera bien al recibir el cuarto, y si falta alguna cosa... la pone V. Al mudarse tiene V. la obligación de dejarlo todo completo. ¿Va V. á vivir mucho?

—No se lo puedo decir á V. con exactitud, porque á lo mejor me dan unos ahogos, y en uno de esos me lleva Pateta.

—No me ha entendido V. Digo que si va V. á vivir mucho tiempo en la casa.

—¿Qué se yo?

—¿Es V. solo?

—No, señor.

—¿Eh?

—Que no, señor, tengo dos criaturas.

—Malo.

—Pero eso se arregla fácilmente.

—¿Cómo?

—Matándolas.

—¡Qué atrocidad!

—Sí, señor, para darle á V. gusto lo que hago es irme ahora mismo á mi casa, las dejo en el sitio, y en seguida me vengo aquí á firmar el contrato.

—No sea V. bromista. Mire V., lo que yo quiero es que no haya ruidos, porque en esta casa no se oye una voz más alta que otra. Con que, adviértaselo V. á los niños.

—Pierda V. cuidado. Les diré que se quiten las botas para andar por casa.

—Pueden usar zapatillas si á V. le parece.

—O envolverse los pies en unos trapos.

—Lo repito. Nada de barullo. Nada de escándalo. Aquí hay una paz envidiable... Aquí no se oye una voz más alta que otra...

IV

—¡Vaya! Al fin he encontrado una casa á mi gusto. Ya era tiempo de que me dejasen escribir los vecinos, porque ¡cuidado si es molesto tener que soportar horas y horas á una inquilina que toca el tango del *Gorrofrigio*, desde las siete de la mañana hasta las doce y media de la noche! ¡Aquella casa era insoportable! Don Abundio dice que aquí no se oye una voz más alta que otra. ¿Qué ruido es ese? De seguro que mis chicos han hecho alguna barbaridad... ¿Eh? ¿Qué ha sido eso? ¿No lo dije? ¿Queréis ponerme en evidencia? ¿No os he advertido que aquí no se puede meter bulla; que esta es una casa muy tranquila? Al primero que se desmante lo reviento. A ver cómo pisáis suavemente. Tú, Jacobito, no juegues con la capota de mamá, que se puede caer y no quiero ruidos. Dile á la chica que si tiene que machacar algo envuelva el almirez en un mantón para que no suene. Y á callar todo el mundo, que voy á escribir un artículo para EL CASCABEL...

V

—¡Socorro, que me matan!

—Toma, toma para que te acuerdes.

—¡Este hombre es un verdugo! ¡Socorro, vecinos!

El estrépito es infernal; la voz de don Abundio se deja oír en toda su fuerza, acompañada de porrazos tremendos.

La criada chilla; don Abundio se deshace en juramentos horribles, y en la casa reina el mayor de los desconciertos.

Asómense los vecinos queriendo poner paz. Yo bajo las escaleras nervioso y agitado. El portero sale á mi encuentro y dice filosóficamente:

—No se asuste V., señorito.

—¿Qué sucede?

—Nada. Es el amo que le está pegando á la Nicanora.

—¿La Nicanora?

—Sí, la criada. Casi todos los días le pega un poquito.

—¡Qué atrocidad!

—Pues ahora no es nada. Había V. de ver el año pasado.

—Pero ¿no decía él que en esta casa no había de oírse una voz más alta que otra?

—Bueno, eso reza para los inquilinos, pero ¿no ve usted que él es el casero?

LUIS TABOADA.

CASCABELES

Todos lo llevamos pendiente del cuello; los unos por fuera, los otros por dentro. En éste es de plata, y en aquél de hierro; sonando más fuerte cuanto son más huecos. Para que no engañen llevan un letrero; los más dicen:—Vicios; virtudes los menos. Amor, entusiasmo, gratitud, ingenio, justicia, templanza, ¡qué pocos hay de éstos! Abundan, en cambio, doblez, vilipendio, audacia, impostura, vanidad y miedo. Pesados á veces, y á veces ligeros, producen reunidos tonos tan diversos, que á la par remedan risas y lamentos, acordes de lira y coplas de ciego. Emblema ó adorno, cual cumple á su dueño, todos en el mundo cascabel tenemos; humildes ó altivos, rubios ó morenos, alegres ó tristes, jóvenes ó viejos. Y conozco algunos que, sin ofenderlos, según son de avaros, de viles ó necios, si es verdad que el rostro del alma es espejo, y es fuerza á los hombres juzgar por sus hechos, más que cascabeles reclaman cencerros.

MANUEL DEL PALACIO.

LA INFANTERÍA

I

—No sé, madre, qué tienen
los militares,
que tanto me enamoran
con sus andares!
Ellos solos me inspiran
dulces amores,
sobre todo, si sirven
en cazadores.
Los bordados de estrellas
sobre la manga,
los alegres acordes
de la charanga,
y el brillar de los sables
tan refulgentes
que al sol arrancan chispas
resplandecientes,
me causan tal efecto,
que yo quisiera
explicártelo, madre,
si se pudiera.

—Pues bien, si en ese cuerpo
tan distinguido
está el que tú pretendes
para marido,
no te descuides, niña,
porque deseo
que cuanto antes te lleven
al Himeneo.
Va á haber un día de estos
dos formaciones.
Recorreremos todos
los batallones,
y si hay tantos Tenientes
como se dice,
no ha de faltarte alguno
que se deslice.

.....
—¡Ya se oye la charanga!
¡Ay qué alegría!
¡Mira, mamá, ya llega
la infantería!
—¿Te gusta aquel Teniente?
—¡Qué disparate!
¡Si tiene las narices
como un tomate!
—¿Y el otro de la esquina?
¡Te mira mucho!
—¡Tampoco! ¡Si es el pobre
tan delgaducho!
—¿Y aquel de la bandera?
—¡Jesús, qué feo!
¡Nada, que no hay ninguno
como deseo!
¡Mas no! Aquel del bigote
tan retorcido,

me ha mirado de un modo
muy expresivo.
—¿Sí? Pues no hay que dejarle,
que es una ganga.
¡Vámonos poco á poco
con la charanga!

II

—¿Me quieres?
—¡Con delirio!
¡Prenda querida!
¿Y tú me quieres mucho?
—¡Más que á mi vida!

III

—¡Ea, niña, ya basta
de dilaciones!
Ya lleváis año y medio
de relaciones,
y si no disponemos
lo de la boda,
murmurará, de fijo,
la gente toda.
Conque así, ya lo sabes;
en cuanto venga,
lo pensáis, pues no quiero
que te entretenga.

.....
—¿Por qué lloras? ¿Qué tienes?
—¡Que hemos tronado!
—¿Pues qué es lo que te ha dicho?
—¡¡Que era casado!!

FIACRO YRÁYZOZ.

CÓMICOS SABIOS

Háy cómicos *leídos*.

Sí, señores, los hay, aunque parezca extraño, y me complazco sobremanera en proclamar á grito pelado este maravilloso descubrimiento, debido (fuera modestia) á mi perseverancia afanosa en el estudio de tan distinguida y numerosa clase.

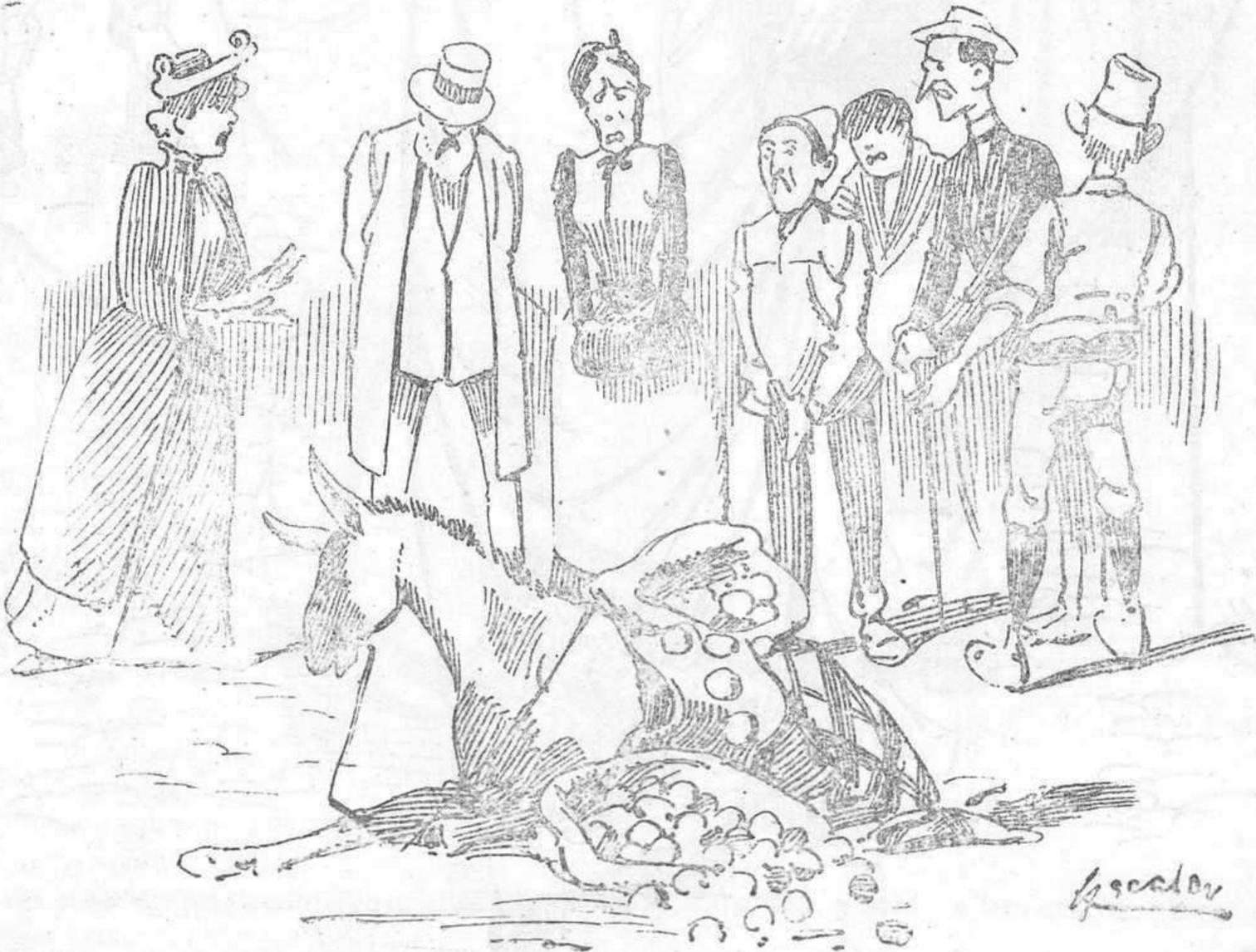
Y no se me arguya que es de vulgar conocimiento la existencia de Lope de Rueda, Shakespeare y Moliere, que á pesar de haber sido cómicos, ocupan glorioso lugar en la inmortal región de los iguales. No se me replique que Talma, Gustavo de Módena, Morelli, Moncalvo, Salvini, Latorre, Luna, Arjona, Romea, Catalina y Rafael Calvo (¡qué erudición! ¿eh?) fueron hombres muy ilustrados y de refinada cultura.

Todo eso ya lo sabemos, y si lo repito es únicamente para darme tono; pero lo que no todos saben, lo que constituye mi descubrimiento (en confianza, tan nuevo como el de las islas Molucas) es la existencia de abundante colección de majaderos, que en cuanto por azares de la suerte suya y de la desgracia del público, se vieron sobre un tablado de Madrid cobrando un sueldecito

ASÍ ES EL MUNDO



Cu n'o se cae un hom're.



Cuando se cae una bestia.

Cascabel

RECUERDO ETERNO



¡Ay! ¡Si es el infame que me dió la pulsera falsa!

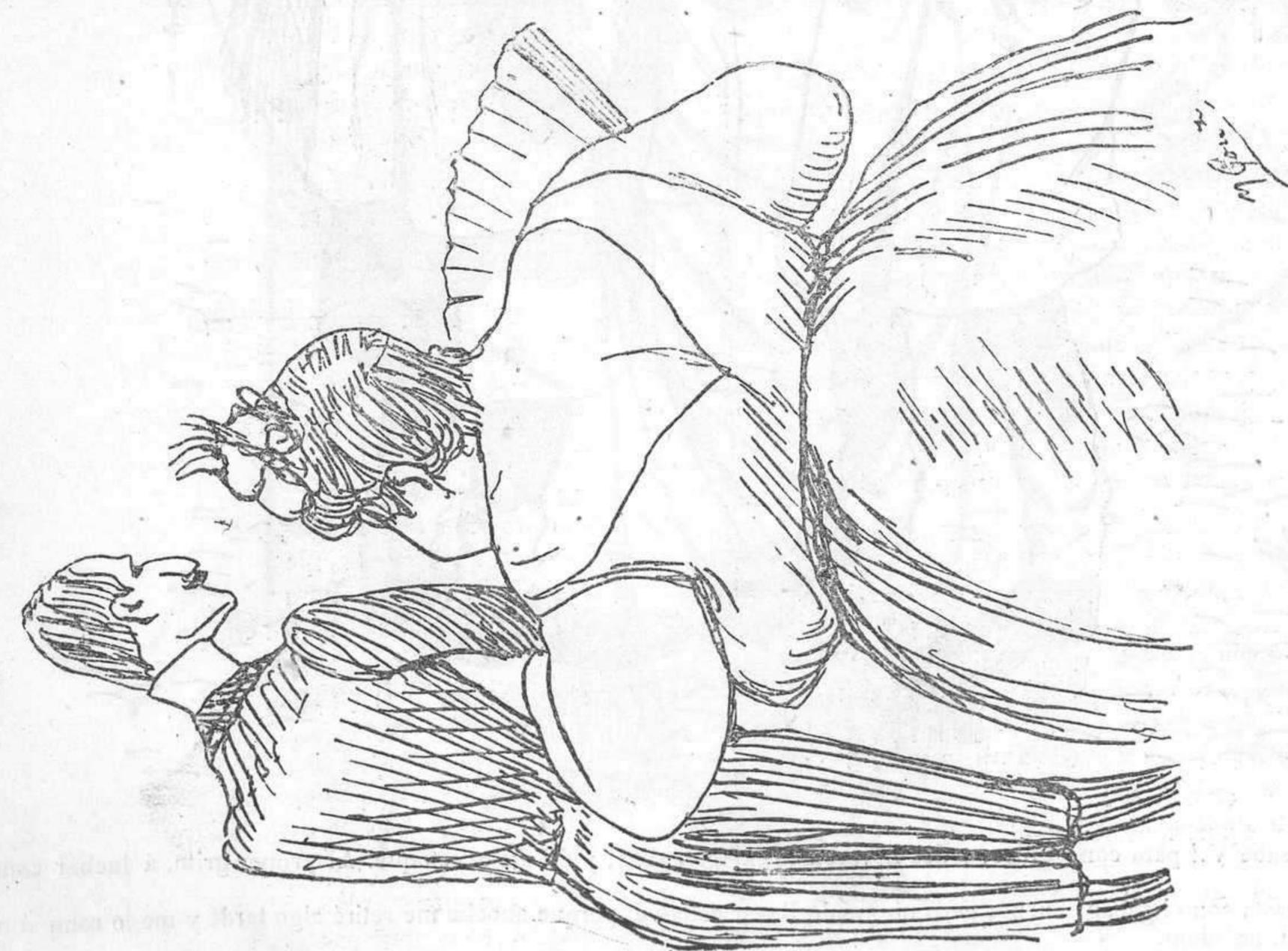
CONSPIRADORES



—Ya sabe V.: para conocernos, todos llevaremos capa ó gabán, y debajo e estoque. Al primer grito, á luchar como fieras.

—Si basta con el gabán, bueno; pero no puedo llevar estoque, porque anoche me retiré algo tarde y me lo rompió mi costilla en las ídem.

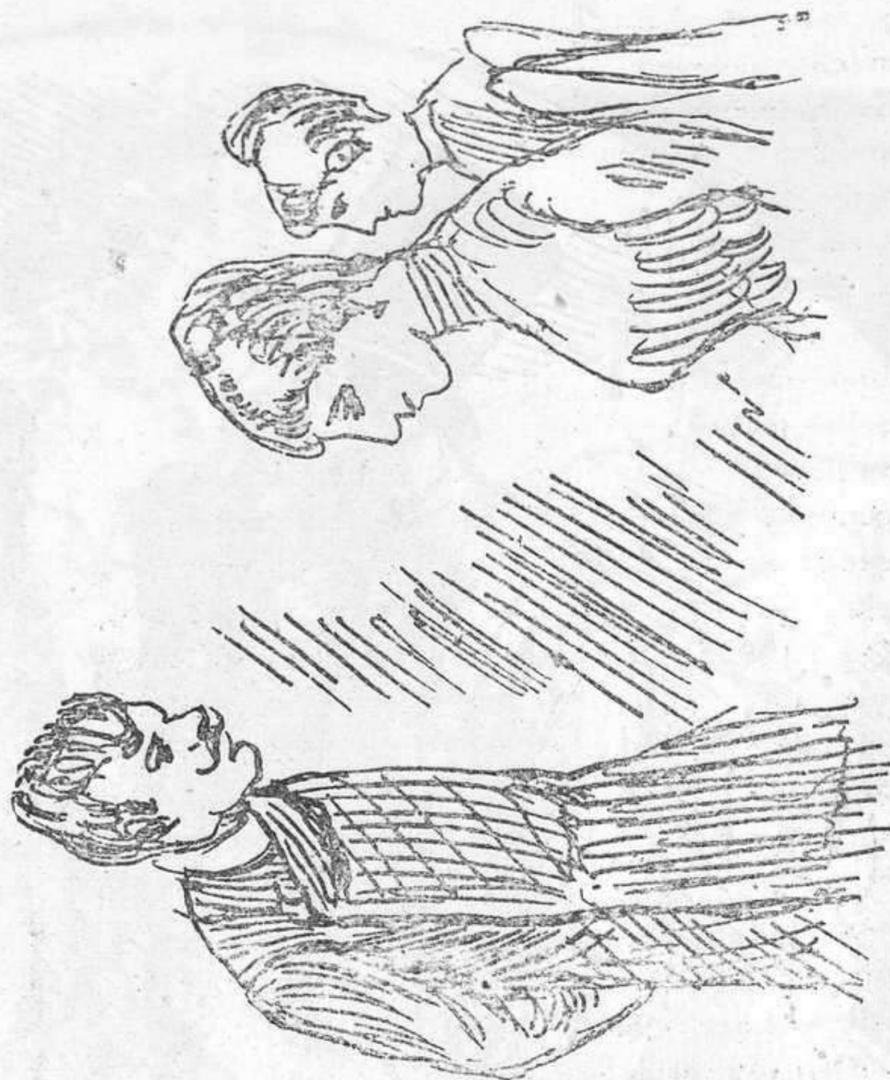
BAILLES PARTICULARES, por Melitón González.



—Arturito, no sea loco, que V. en el vals se dispara, y yo pronto me sofoco.
 —¿Usted? ¡Qué cosa tan rara!



—¿Gustándote no bailarla? ¡Tu genio me tiene absorto!
 —Como lo tengo tan corto, me da vergüenza sacarla.



—¡Ingrati! No quiere bailar conmigo, y luego le doy la trencilla más barata que á todas.

CONSPIRATORIAS

regular, codeándose con abonados amables, con autores temerosos y con periodistas de reputación frágil, no sólo se creyeron genios, sino que formaron inmediatamente el perverso propósito de comunicar *urbi et orbe* tan sorprendente hallazgo.

Generalmente los individuos de esta subespecie de faranduleros i-lustrados saben leer por casualidad, escriben á despecho de la ortografía más femenina y de la sintaxis más gacetillera, y cuando hablan «saben—como decía Figaro—pronunciar con afectación todas las letras de una palabra y decir unas voces por otras, actitud por aptitud, diferencia por diferencia, háyamos por hayamos, dracmatico por dramático y otras semejantes.»

En tiempos felizmente pasados se juzgaba mérito indispensable para «entrar en el mundo» la afición á representar comedias. El Conde de San Luis otorgaba su altísimo aprecio á los galanes de ocasión del teatrillo del Duque de Medinaceli; Ventura de la Vega dirigía personalmente los ensayos de la aristocrática comiquería y antes de representar comedias en los rojos escaños del Congreso, era casi necesario conocer de memoria el repertorio de Bretón de los Herreros.

Preparado el terreno con los alardes liberalescos de Guzmán y de Latorre, exaltado el orgullo con los desplantes románticos de Valero y después de las barricadas del año 54 en que se habían batido juntos poetas y cómicos, artesanos y aristócratas, el viento de Fronda de aquella época hinchó las petulancias de los más rehacios, y el cómico se alzó sobre el pavés, desafiando con arrogante mirada á la turba de literatos y autores dramáticos que se agitaba empedregada á sus pies de coloso de cartón piedra.

El actor era ya un *Artista*, el cómico un personaje. El nuevo monarca tenía un trono: el escenario, y una antecámara llena de cortesanos: el saloncillo.

Pero como las razas degeneran y cambian los tiempos, ahora que no tenemos grandes actores, brillan con mayor resplandor (de luz Drumond por supuesto) los faranduleros de guante blanco que ganan un capital por dos horas de piruetas, los cómicos que no saben lo que repiten cuando oyen al apuntador y los histriones que no contentos con llamarse *primeros* actores, *primeros* galanes y *primeros* directores, quieren pasar plaza de hombres cultos é ilustrísimos, que por gran merced de su bondadoso temperamento saludan con protectora indulgencia á la *plebe* literaria.

Y no satisfecha todavía su inagotable vanidad, mareados con el ejemplo de Coquelín, el cómico-literato, enchafarrinada la cara con el colorete, cubierta la prematura calva con el bisoñé, se agarran á una pluma de ganso y arremeten furiosos contra el sentido común, desparramando prosa y verso por donde pueden y dando con esta suprema muestra de su vario talento, medida aproximada de su superioridad.

¡Ah! No lo dudéis. Hay algo peor que las mujeres que tolean: las mujeres que escriben. Pero hay algo más dañino aún que las literatas: los cómicos *leídos*.

LUIS PARÍS.

DE LA REJA Á LA PUERTA

1691

El padre duerme, seguro
del limpio honor de sus canas;
la vieja dueña á sus rezos
y el fiel rodrigón de guardia.
El portón cerrado en firme
con llaves, cerrojo y barras,
y de par en par abierta
tras la reja la ventana.
Sombras fuera y sombras dentro,
por lo bien que se recatan
tras los hierros los fulgores
de los ojos de la dama.
Un hombre al pie de la reja,
inmóvil como una estatua,
tiene el amor en los labios
y el puño sobre la espada.
Por la calle, hacia la reja,
otro hombre resuelto avanza,
que al feliz Cupido enoja
y al Marte galán alarma.
—¡Téngase allá!—¿Quién me tiene?
—¡Atrás digo!—¡Calle franca!
—¡Ciérrele el paso este acero!
—¡Abrame el paso mi espada!...
Hierro que hiere, amor que huye
hacia el fondo de la casa,
y una ronda que se acerca
y una vida que se acaba.
Al hoyo después el muerto,
á la cárcel el que mata,
y el amor tras de la reja
y con la puerta cerrada.

1891

Trasnocha el amo en el círculo
metiendo su oro en la banca;
los criados de *terceros*
guardando al amor la espalda.
Puerta principal abierta
y otra interior entornada;
que allí sólo están de adorno
cerrojo y llave con guardas.
Sombra fuera y luz adentro,
pues, para alumbrar, ya bastan,
aunque ande el amor á tientas,
dos ojos como dos ascuas.
Un señorito que sale
guiado por una dama,
como amor que se despide
y como amante que escapa.
En el portal otro joven
la escalera interior gana,
y allí tropieza medroso
con el que sube el que baja.

—¿Quién va?— ¡Silencio, Pericol!
 —¿Tú, Pepe?— Sí, pero calla.
 —Sube, pues, y buena suerte.
 —Adiós, la tuya me valga.
 Amor que sale, amor que entra,
 mucha paz, buenas palabras,
 la traición doble y en triunfo
 y la vida así una ganga.
 Después, el hogar sin honra,
 la cárcel para los *ratas*,
 y el amor entre dos puertas
 y grandes y abiertas ambas.

EDUARDO BUSTILLO.

UNO DE TANTOS

Es Crisógono Rodríguez
 un calabacín relleno,
 que cansado de ver aulas
 y de cosechar suspensos,
 ahorcó los libros de estudio
 por no *congeniar* con ellos,
 y se metió á periodista,
 como recurso supremo,
 del mismo modo que pudo
 meterse á banderillero.
 No sabe nada de nada,
 y en eso estriba su mérito,
 porque aunque lo ignora todo
 no se amilana por eso;
 y sin que á nadie le importe
 conocer su pensamiento,
 él da opiniones acerca
 de los asuntos más serios
 en *El Grito del Percebe*,
 que es donde ha metido el cuevo.
 ¿Publica un libro Pereda?
 Pues Crisógono, al momento,
 se *arranca* con un *Opúsculo*
 de cuatro pares y medio,
 y en él analiza el libro
 y no le parece bueno.
 ¿Estrena un drama en tres actos
 Dios que bajara del cielo?
 Pues él hace un *Juicio crítico*
 y pone á Dios como nuevo.
 ¿Predica en las Carboneras
 el padre Mon, por ejemplo,
 ó discuten en las Cortes
 una *ley de Presupuestos*?
 Pues ya se sabe, Rodríguez
 escribe un fondo y tres sueltos,
 poniendo azul al sistema
 parlamentario, ó al Clero.
 ¿Establece Fulanito
 un depósito de huevos

y obsequia á los periodistas
 con puros de quince céntimos?
 Pues *El Grito del Percebe*
 sale en seguida diciendo,
 de seguro, que á *Fulano*
 nadie le aventaja en eso.
 Nada para él hay difícil,
 que abarca todos los géneros,
 y lo mismo hace una crítica
 literaria, de altos vuelos,
 que da instrucciones acerca
 de la cría del conejo,
 ó que promueve una crisis
 con un artículo enérgico.
 Las cosas que hace Crisógono
 Rodríguez no tienen precio,
 y sin embargo, le pagan
 con nueve duros de sueldo, (1),
 que es bien poco, aunque no falte
 quien haya dicho al saberlo,
 que, en ley de Dios, todavía
 le dan de más ocho y medio.

.....

¡Vaya usted á estudiar el mundo!...
 Rodríguez, que era un torrezno
 cansado de pisar aulas
 y de cosechar suspensos;
 Crisógono que decía,
 y aún dice *pupitre, perito,*
inquinia, calomecano,
haiga, conyugüe y ojecto;
 él, á quien cuando se hablaba
 de brutos de nacimiento,
 sus condiscípulos siempre
 le ponían por ejemplo,
 hoy es un arma terrible
 y todos le tienen miedo,
 (menos mi humilde persona
 y el de la tienda de huevos).

J. LÓPEZ SILVA.

LOS NERVIOS

I

¡Sí, mi amigo! ¡Los nervios! ¡Eso es todo!
 Los nervios son nuestro mayor tirano;
 del hombre más sesudo
 hacen un majadero y un beodo;
 tienen la gloria de servir de escudo
 á todo enorme desconcierto humano.
 ¡Los nervios!... Preguntad á las mujeres
 la razón de sus muchas veleidades;
 del cambio radical de pareceres
 que sufren á menudo
 todas nuestras dulcísimas mitades.

(1) Cada mes.

—¡Los nervios!— os dirán. ¡Sus tempestades logran, en arrebatos instantáneos, gastar las almas y secar los cráneos!...

¿Y los hombres?... ¡Pues no!... Su fortaleza no resiste al empuje peligroso del ataque de nervios cuando empieza...

¿Quién no comete alguna ligereza sin más razón que la de estar nervioso?

II

Yo quise á una mujer inmensamente; sólo pensaba, al contemplar las rosas, en que pudieran ser las más hermosas, digna corona de su blanca frente!

¡Cuántas horas de amor empalagosas dió á los demás nuestra pasión ardiente!

¿Cómo murió un amor tan duradero?

¡Ni yo lo sé!... ¡Quimeras de un instantel!...

Suposiciones de traición, primero; después un arrebato delirante.

La vaga imagen de mentidas penas; el paso alado del delirio ciego...

¡y los nervios!... ¡los nervios, ese fuego que nos da latigazos en las venas!

RICARDO J. CATARINEU.



Tenemos el gusto de advertir á Vds. que desde el número 3.º irán las planas tiradas en litografía.

Porque ya habrán observado que resultan muy mal estos grabaditos. Y cuestan además *un ojo de la cara*.

* * *

Extractamos de un comunicado publicado en *El Imparcial*:

«El Sr. San Pedro ha dictado disposiciones que impiden á los habitantes de Madrid el derecho de elegir el punto en donde han de reposar sus cenizas.»

¡Nada más natural!

El pueblo de Madrid sólo tiene derecho para elegir á sus matuteros.

* * *

Al expender el número anterior, varios vendedores lo anunciaron con el grito de «escrito por Frontaura»; majadería insigne, de la que no se tuvo conocimiento en esta Redacción hasta las ocho y media de la noche.

Lamentamos el incidente que ha obligado á rectificar por medio de la prensa al ilustre fundador de EL CASCABEL, y hacemos constar que el Sr. Frontaura no es colaborador ni redactor del periódico en su tercera época.

* * *

De un decantado poeta contemporáneo:

«Es disonancia en tu oído el relato de las dichas, y el eco de ajena fama cruel te ralla las tripas.»

En otros tiempos, los seres sencillos buscábamos una gacela con plumas.

Ahora es necesario encontrar un eco de hoja de lata. Para hacer ralladores.

* * *

Recomendamos á todas las jóvenes ojerasas, pálidas, etcétera, etc., que tomen las nuevas *píldoras marciales* de un conocido doctor.

Estas píldoras las tomarán con música de *Cádiz*, y sin leer el anuncio.

Porque, aunque parezca anomalía, está escrito para *hombres solos*.

Es decir, sólo para Fiscales.



Un provinciano.—Un poquito descuidada la forma y gastadísimo el asunto.

Sr. D. E. del V.—Madrid.—Preciosa, pero... ¿cree usted que puede publicarse en EL CASCABEL sin que se ruboricen los repartidores?

Sr. D. R. C.—Madrid.—¿Dos nada menos? Ahí va *un pedazo* de la mejorcita:

«Los dos caminaban muy de prisa, cruzaban abrojos y malezas, y cada mirada, una sonrisa desprendía la mujer de la belleza.»

¡Es mucho desprendimiento ese!

A. R.—Madrid.—Debe V. de ser un imbécil; y si tiene el honor de pasar por esta Redacción, de seis á ocho, se lo diré personalmente.

El Vizconde de la Pomada.—Inocente, si señor, ¡muy inocente!

Sr. D. V. de O.—Madrid.—Harto conocido ese final. Gracias por todo.

Sr. D. A. P.—Madrid.—¿Y á qué género pertenecen? Porque son una mezcla de risa, de llanto, de *armonía celestial* y de *cante jondo*.

Sr. D. R. T. S.—Madrid.—*Lola* no sirve. La otra no tiene más que el final. Es decir, tiene muchas redondillas, pero como si no.

Gigante.—Mire V., señor coloso: no se dice *una* alma, ni *la* dije, ni perra *ú* perro; porque eso es hacer perrerías con la gramática.

M. R. T.—Madrid.—¡Adios, guasa viva! ¿Cuánto tiempo hace que falta V. de Villapatoso?

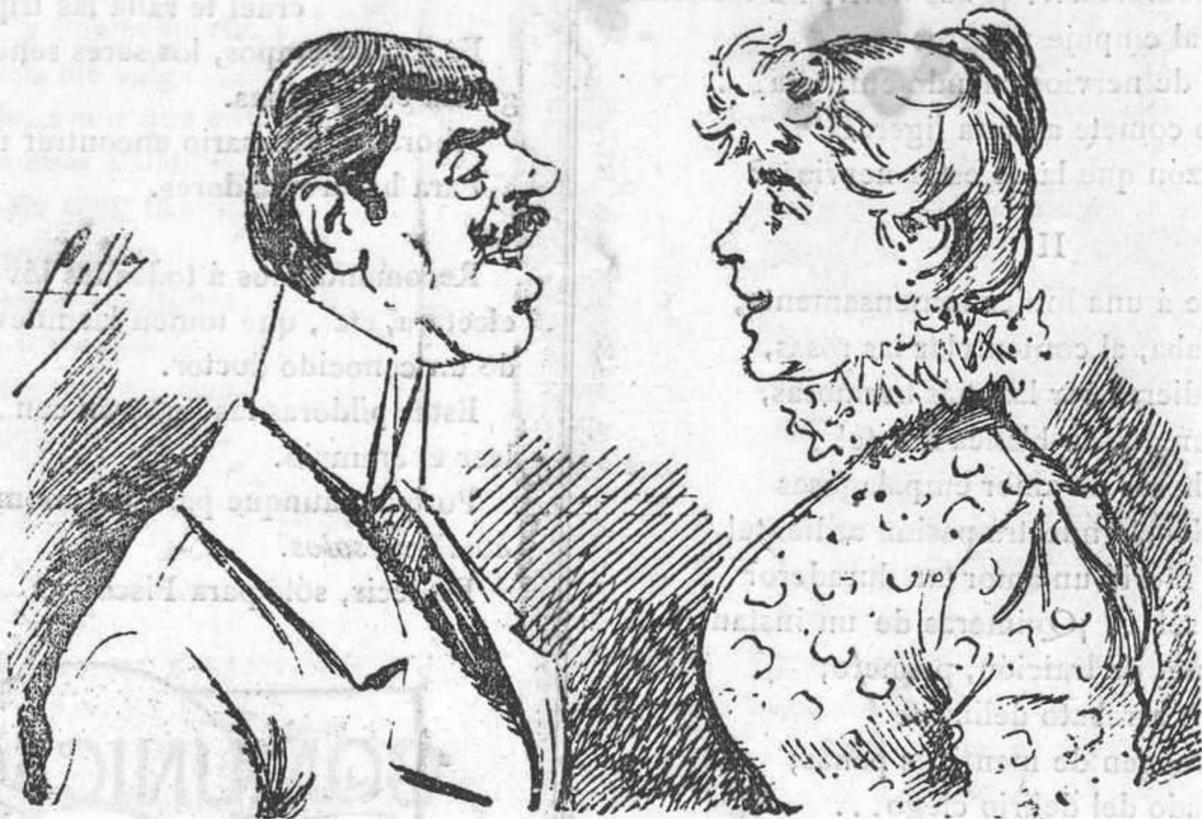
Sr. D. R. S.—Madrid.—Demasiado sentimentales para la índole del periódico.

Sr. D. M. J.—Madrid.—¡Vaya una imitación de estilos! ¡Como no imite V. el canto de la rana!...

Sr. D. A. D.—Madrid.—Fué una tontería de los chicos, no sólo innecesaria, sino contraproducente. Envíalo, á ver si es mejor que lo otro.

Quedan por contestar 17 cartas. En el número próximo..., etc.

CANDOR



—Es V. mi novio desde ayer y ya me pide un beso?
 —¿Qué tiene eso de particular?
 —Que mamá, siempre que me besa alguno, me lo conoce en la cara.

ANUNCIOS

EL CASCABEL

SEMENARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado é ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA ESPAÑA

Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.

Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 12.

PRECIOS DE VENTA

Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números sueltos, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, núm. 6 duplicado

(TELÉFONO NÚM. 473)

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE D. FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2

EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE LA

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA

SE HA TRASLADADO DE LA

PLAZA DE LA PAJA, 7,

Á LA

CALLE DE SAN ISIDRO, 6 DUPLICADO

Se hacen toda clase de impresiones á precios módicos, con prontitud y esmero.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa, calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.